

ESPIRITUALIDAD PARA UN TIEMPO NUEVO

Mari Paz López Santos

En el Ágora griego, el heraldo que abría la asamblea preguntaba: “¿*Quién quiere tomar la palabra por la ciudad?*”. Desde el FORO ÁGORA, DEBATES DESDE LA FE, por medio del “heraldo” Pedro Zabala, a través de la “ciber-asamblea” de nuestro tiempo que es Internet, escuché hace unos meses la pregunta: “¿Querrías tomar la palabra para hablarnos de espiritualidad para un tiempo nuevo?”.

Desde la gran asamblea que somos todos los que transitamos por este mundo que anda entre la crisis y el cambio intentado ver luz en el horizonte, me animé a levantar la mano, y hoy, tomo la palabra; agradeciéndolos que estén aquí, abiertos a la escucha.

Hablaré en clave cristiana pero que nadie se sienta fuera de la reflexión y se abra a la suya propia, ya sea desde otra fe o desde la “no-fe”, pero sí desde el amor a la vida.

Este tiempo es nuevo para todos.

INTRODUCCION

Empezaré con la lectura de un texto del Antiguo Testamento, popular y bien conocido (1Reyes 19, 9a11-13a):

*“Cuando Elías llegó al monte Horeb, entró en una gruta y pasó allí la noche. El Señor le dijo: “Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!” Pasó primero un **huracán** que removía los montes y quebraba las peñas, pero el Señor no estaba en el huracán. Al viento siguió un **terremoto**, pero el Señor no estaba en el terremoto. Al terremoto siguió un **fuego**; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una **brisa tenue**; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva. “¿Qué haces ahí, Elías? (...) “Anda, regresa por el camino del desierto...” le dijo el Señor”.*

En septiembre del 2007 nos llegaron noticias de un **huracán** en New York, corazón del mundo financiero: el imperio económico Lehman Brothers sufría una crisis financiera a causa de los créditos subprime, conocidos sabía y popularmente como “hipotecas basura”, que *removía los montes y quebraban las peñas*” del gigante financiero.

“Pero el Señor no estaba en el huracán”

Al huracán le siguió, como “efecto Dominó” del mundo global, un **terremoto** en las economías de los países que usaban y abusaban de las mismas tácticas financieras. Dejando a la intemperie la debilidad real de dichas economías. La burbuja se hizo añicos y puso de manifiesto un obscuro *strip-tease*.

“Pero el Señor no estaba en el terremoto”

Por si no teníamos bastante, al terremoto le siguió un **fuego**, que iba devastando los entresijos financieros de bancos, empresas multinacionales y las arcas de los estados, descabalandando la ingeniería financiera y enredando el ovillo económico en un amasijo global.

“Pero el Señor no estaba en el fuego”

Al fuego siguió una **brisa tenue** que muchos notaron y les hizo salir de sus cuevas personales para unirse a otros que, atentos a la escucha, ya habían percibido con anterioridad que el exceso económico y financiero de los países ricos se sujetaba en unos pilares carcomidos por la ambición y la especulación.

La brisa tenue se oye, pero sólo cuando se siente como experiencia de vida en el interior de cada uno, nos lleva a proclamar:

El Señor está en la brisa consolando y atendiendo a los que sufren las consecuencias directas del huracán, el terremoto y el fuego.

El Señor está en la brisa y desde ahí habla al corazón de quien quiera escucharle

Sólo desde esa brisa tenue que está en lo escondido de cada persona, de cada situación, de cada época y de todos los tiempos, nos abriremos y nos exponremos, como niños que se ponen en pie y echan a andar, al Misterio de Dios que, aunque nos sobrepase, nos hará decir con absoluta certeza: Dios está aquí y ahora.

Esa brisa nos llega en medio de todos los avatares de la vida. No es algo ajeno, reservado... es Dios en todo.

Desde esta dimensión vamos a adentrarnos en el tema. Pero antes os animo a que empecemos entornando un poco los ojos y, desde dentro, miremos pausadamente las tres palabras que sobresalen en el título: ESPIRITUALIDAD-TIEMPO-NUEVO.

¿Quién desea una espiritualidad para un tiempo nuevo? Esta es la primera pregunta que me planteé al empezar a preparar la charla.

¿Quiénes andamos buscando una espiritualidad para un tiempo que percibimos como un paso adelante necesario tras un socavón que anuncia un cambio de época?

Y me contesté: somos pobladores del llamado mundo desarrollado, de la sociedad occidental, de los países ricos, es decir, un tercio de la población mundial. Creo indispensable decirlo, situarnos; no obviarlo u olvidarlo.

¿Qué pasa con los otros dos tercios? ¿No están interesados? Sencillamente, no pueden plantearse estas cosas, cuando sus necesidades básicas (como alimentación, educación, sanidad, etc.) están sin resolver. O bien, no se han alejado tanto del misterio de la Vida y de Dios.

He querido hacer constar este detalle, desde el principio, para ubicarnos con verdad en el contexto del mundo en que vivimos. Demasiados hablan del mundo, como si este fuera únicamente el mundo occidental.

Pero como nosotros vivimos aquí, es desde donde hemos de ir despertándonos y planteándonos que nos está pasando.

Tenemos sed de trascendencia: Dios, Belleza, Gratuidad, Serenidad, Amor... pero cuesta reconocerlo. Hay que averiguar de dónde surge esa sed y por qué hemos de decidir ponernos en marcha.

¿De dónde nos viene ese deseo de “algo más”?

¿Será, quizás, la percepción de que algo tiene que cambiar en nuestra vida?

¿Será que lo que creíamos que podía saciarnos nos deja vacíos?

¿Será que nos damos cuenta de que no podemos vivir sólo desde la cabeza?

¿Habremos comprendido, al fin, que nuestra autosuficiencia tenía sus raíces plantadas en terreno movedizo?

¿Tendrá que ver con todo esto el percibir nuestra religión como un montón de reglas y prescripciones despojadas de la esencia que da vida y transforma?

Podría seguir, pero prefiero que cada cual añada lo que le sugiera la reflexión.

“Espiritualidad” es palabra peligrosa como lo es “amor”. De tanto utilizarse para cosas distintas, llega un momento en que se prostituye, camuflándose su significado original.

Cuando hablamos de espiritualidad, estamos hablando de la **vida del Espíritu en nosotros**. Hablamos de Dios en cada uno, en el mundo, en la historia...

Y el Espíritu *sopla donde quiere*, nadie está fuera del alcance de su presencia. Pero, eso sí, cualquiera puede evadirse mirando a otro lado, echando tierra y permaneciendo ajeno a esa presencia amorosa.

Hablar de espiritualidad no es hablar de un estado anímico o de una pose que sienta bien. Hablar de espiritualidad es hablar de vida, y vida en movimiento, porque el Espíritu es vida y eso es lo que transmite a quien se deja rozar mínimamente.

Nos planteamos una nueva espiritualidad porque percibimos este tiempo como nuevo. No es extraño, porque lo que parecía que servía, ha resultado inservible; lo que creíamos seguro, nos sobresalta permanentemente. La sociedad del bienestar no parece estar nada bien. Así que el paso inmediato está envuelto en una niebla que no nos deja ver si lo daremos sobre seguro o vamos a ir de cabeza.

¿Realmente es nuevo este tiempo? Según nuestros esquemas parece que sí. La crisis y el cambio nos producen ese desasosiego que indica que lo que viene por delante no es lo mismo que estamos dejando atrás.

Pero nosotros hacemos una lectura lineal del tiempo y de la historia. No entenderíamos el tiempo ni viejo ni nuevo si lo viviéramos en **presente absoluto**. Es decir, si la medida de nuestro tiempo fuera la del tiempo de Dios. Y Él no era ni será, es aquí y ahora desde siempre y por siempre. Pero ¿quién le puede hacer entender esto a los que dominan el mundo desde los ámbitos del poder?.

Si nos animamos de una vez por todas a ponernos en camino **-el camino espiritual-**; a retomarlo si es que algún día giramos en sentido contrario; a ponernos de nuevo en pie después de un tropiezo que nos dejó en el suelo; a levantarnos de la siesta existencial que nos tiene aburridos y aparcados en el arcén... empezaremos a caminar paso a paso en presente absoluto; sanando y dejando atrás los errores, atascos y sufrimientos del pasado (cosa que da mucha sabiduría) y alejando el miedo al futuro, que es tan paralizante.

¿Sabemos cuál es la ruta? ¿En dónde empieza ese camino? Aunque haya confusión alrededor hemos de iniciar la búsqueda e ir desechando lo que no es y adentrándonos en lo que sí es. Pero el afán de búsqueda nos puede llevar por diferentes estilos en esa búsqueda. Empecemos por la que llamo: **BÚSQUEDA CONFUSA**

Ante la situación de unas estructuras políticas, económicas y sociales que se tambalean y donde la única ideología es el dinero. Cosa que se veía venir y no creo que sea una sorpresa para nadie que tuviera una mirada global y no reducida al propio ombligo.

Cuando el ruido, la prisa, la presión mediática, la facilidad que tenemos para acceder a toda la tecnología a nuestro alcance, nos saturan de tal forma que necesitamos algo que nos satisfaga, que nos dé plenitud.

¿Qué hacer?

Corremos tras multitud de voces que nos ofrecen otra forma de vivir la vida, aunque sólo sea durante un fin de semana; espacios para el descanso y el relax en donde recuperar el bienestar perdido en la selva del día a día; tiempos de silencio y meditación donde ahondar en el sentido de la vida y volver con energía renovada, esperando que duren sus efectos, aunque sigamos como siempre.

Pero la espiritualidad no es un bien de consumo aunque muchas veces **consumimos una pseudo-espiritualidad** sin que nada cambie en nuestra vida.

Así, vamos de un lado a otro, probando la gran oferta a nuestro alcance: un fin de semana en un balneario (o *spa* que dicen ahora); el siguiente en un monasterio de monjes contemplativos intentando entrar en la dinámica del silencio y la oración; otro, en un curso de iniciación al zen o al yoga, danza contemplativa, mantras, etc.

Todo está bien, todo tiene su valor, todo ayuda a recuperar y dar fuerzas para seguir adelante, pero si nos quedamos sólo en el vaivén, será como cuando un enfermo llega a la UVI, le intuban, le ponen el respirador y la medicación adecuada hasta que se recupera. Regresa a casa restablecido pero si no hay un cuidado en el día a día, un propósito de cambio de hábitos, de reducción del stress... en breve volverá a necesitar de cuidados intensivos.

Hay **búsquedas más peligrosas**, como las drogas y el sexo, que indican la necesidad humana de buscar placer para sentirse vivo ya que no se encuentra sentido a la vida y a todo lo que nos rodea- Se entra en una espiral de hastío, vacío y alienación que bien sabemos las consecuencias que acarrea.

La espiritualidad no es sinónimo de evasión, de huida de la realidad. Sin embargo, en todo lo citado y otros muchos ejemplos que podríamos traer aquí, se observa esa necesidad del ser humano de buscar al menos un instante de plenitud.

También en las **relaciones humanas** se busca esa plenitud que colme de satisfacción: la pareja perfecta, el amigo ideal, la familia feliz, la comunidad angélica... olvidando frecuentemente la esencia misma de las relaciones: el amor. Si el amor no está presente, no hay plenitud.

Amor que lleva a la entrega, al cuidado, al consuelo, a la creatividad compartida, al compromiso, a regalar el tiempo y la escucha, a querer y dejarse querer.

Hay otro tipo de búsqueda que llamo **BÚSQUEDA RELIGIOSA**.

Muchas personas, en su afán de búsqueda, quieren retornar a la práctica de rituales religiosos que abandonó en la infancia o adolescencia, dándose cuenta de que, hoy por hoy, los andamios religiosos, por más que se apuntalan y se intentan remozar, no cumplen el cometido de acercar al ser humano al misterio de la trascendencia, aún cuando ese debería ser su mayor empeño.

Hay un enredo de normas y prescripciones que no dejan avanzar hacia la luz de la Esencia. Esto no quiere decir que las religiones no sean transmisoras de una tradición y una herencia que han de compartir y hacer llegar, lo que quiero decir es que siempre tendrán que estar en esa tensión de ver cómo y por dónde acercar al misterio de Dios, sin apropiaciones indebidas, con generosidad y amor hacía todos; dejando abierta la puerta de par en par al Espíritu de Dios. Hay que pasar a la casa del Padre, no quedarse colgados en el andamio.

Pero no dejemos sitio al desánimo y sigamos confiando en que el Espíritu Santo se cuele por las rendijas por muy difícil que se lo pongamos... y acabará animándonos a una verdadera **BÚSQUEDA ESPIRITUAL**

Recuerdo las palabras, me atrevo a decir, proféticas, del teólogo Karl Rahner a mediados del siglo pasado: *“El cristiano del siglo XXI será místico o no será”*.

Ya hemos llegado. Nosotros somos esos cristianos de los que habló Rahner. Pero no nos asustemos, evitemos los complejos e introduzcámonos en el mensaje que este sabio teólogo nos dejó.

Lo primero dejemos caer estereotipos: **místico** no es el ser alejado, extraño y huidizo que se retira del mundo.

Dice el diccionario que místico es *“quien se dedica a la vida espiritual”*. Todos tenemos el germen del Espíritu plantado en nuestro interior. Luego, todos necesitamos crecer y ahondar en nuestra vida espiritual; y más aún, estamos llamados a descubrir quien ese el cristiano del siglo XXI que dice Rahner, dónde se oculta el místico que vive en lo oculto del ser y clama por descubrirse.

Efectivamente, los contemplativos se dedican como vocación a la vida espiritual que, por otro lado, no está exenta de la vida material: comen como nosotros, duermen como nosotros y trabajan como nosotros. Se puede estar llamado a esa vocación, lo que no quiere decir es que sea privativa de los monjes.

¿Qué pasó con todos los demás? Que aceptamos la “especialización” de la mística. Y esa parte tan importante del ser humano en su relación con Dios quedó olvidada en lo oscuro del desván o directamente al fondo del congelador.

Karl Rahner nos está animando, más aún, nos está azuzando, a que como peregrinos iniciemos una ruta, la única posible, la que nos lleve paso a paso al hondón del alma, donde tenemos una cita. Apunta en una sola dirección: el **camino interior**.

No podemos dilatar más el tiempo porque donde se realiza el encuentro es en nuestro propio ser. Es un encuentro único y personal al que todo ser humano está llamado más allá de su condición, sexo, edad, cultura, religión y vocación.

Dios espera sin desesperar pero nosotros hemos de hacer el camino hacia ese encuentro... *¡No tengas miedo!*, se oye desde el interior, *“¡Soy yo!”*

Escuché decir a un monje: *“El monje es un buscador de Dios. Pero no un buscador que busca fuera, sino que debe escuchar al Maestro interior dentro, para que todas sus obras sean fruto de esa experiencia. Más que buscar a Dios hay que descubrir a Dios, pues él ya está en nosotros. Tomar conciencia de esto cambia la vida”*.

Ya he dicho que todos participamos de la vida espiritual, por tanto me atrevo a repetir con toda libertad, utilizando las palabras del monje, que tú y yo y todos somos buscadores de Dios, que no debemos quedarnos en la búsqueda superficial sino que tendremos que agudizar el oído para **escuchar al Maestro interior** que habita dentro, para que toda nuestra vida y obras sean fruto de esa experiencia.

Tenemos suerte, pues sabemos que más que buscar a Dios hay que llegar a descubrirle, sabiendo ya donde mora: dentro de nosotros. Tomar conciencia de esto cambia la vida.

No creo confundirme si digo que queremos **cambios** en nuestra vida pero **sin que nada cambie** y eso no sucede nunca en la vida espiritual.

¿Por qué siempre creemos que cuando se nos habla de **cambio** o de **conversión** es algo peligroso que nos va a perjudicar e inmediatamente nos ponemos en guardia? ¿Por qué no pensamos que todo va a ir mejor, más pleno, más lleno, más rico en vida y sorpresas?

Nos asusta perder el **control** y olvidamos poner un buen paquete de **confianza** en el **equipaje** de mano. Digo equipaje de mano porque en el camino espiritual se requiere ir soltando lastre y llevar lo indispensable para el trayecto.

El equipaje se parece mucho al del peregrino que quiere llegar a Santiago y calibra con precisión qué dejará y qué llevará en su macuto. De ello depende que llegue o se quede por el camino.

Como habitualmente vivimos transitando por el día a día con un macuto a la espalda lleno de enormes piedras y, lo que es peor, nos hemos creído que eso es normal... ¡así nos va!

El hecho de quitar lastre nos cuesta muchísimo. ¡Es increíble que nos cueste más ir livianos que ir cargados!

Si ya sabemos cuál es el camino y qué dirección tomar, sólo queda ponerse manos a la obra y preparar un ligero equipaje que nos ayude a llegar a la meta.

Antes de empezar a equipar la mochila con el mínimo equipaje necesario habrá que crear un clima, un ambiente en el que situarnos; que se dé esa sana expectación ante el viaje que tenemos por delante... igual que ocurre cuando nos ponemos en marcha para realizar un viaje que deseamos hacer.

Será imprescindible **PARAR**. Echar el freno a la hiperactividad que suele dominar la jornada y la vida entera.

Además, tendremos que concedernos **TIEMPO**. Segundos, minutos, horas... que dedicaremos a esa incipiente necesidad interior.

Y, por último, también un **ESPACIO**, sencillo, personal... un cojín y una vela en un rincón pueden ser un universo que nos ayude aún cuando ni siquiera estemos en el momento; se convierte en referente.

Parece fácil, así contado en tres palabras... pero en la realidad que vivimos suele ser mucho más complicado.

Todo reclama nuestra atención, nuestro tiempo, nuestra presencia. Pero incluso si en algún momento nada ni nadie nos reclaman, buscamos algo que hacer para mantenernos ocupados.

Nos cuesta movernos de nuestros espacios habituales. Parar es muy complicado aún proponiéndonoslo, pues la inercia nos sigue moviendo. Y darnos tiempo dentro del esquema vital a veces es una heroicidad.

Pero, ya sabemos, lo que dice el refrán: *“el que algo quiere, algo le cuesta”*

EQUIPAJE PARA EL CAMINO ESPIRITUAL

No te pongas en marcha sin asegurarte de que llevas en la mochila tres cosas que son indispensables para que cuando tengas hambre puedas comer, si es sed la sacies y si hace frío te protejas de la cabeza a los pies. Me refiero a:

**La Oración,
El Silencio y
La Soledad**

No pesan, en kilos, pero requieren de esfuerzo, constancia, humildad y una gran confianza en el Maestro interior que nos espera y acompaña en el camino. Son frágiles y las hemos abandonando en el día a día. Están tan alejadas de nuestro quehacer habitual que cuando notamos una necesidad de sosiego ni siquiera sabemos explicar qué estamos necesitando. Nadie nos las procurará, sólo quien haya elegido ponerse en marcha se tendrá que ocupar de que no le falten. El mundo en que vivimos no nos lo pone fácil, no está organizado ni para la soledad, ni para el silencio... y no digamos ya, para la oración, que resulta ser algo lejano y raro.

SOLEDADE

Empezaré por la que he citado en último lugar.

No estamos acostumbrados a estar solos. El día está lleno de todo menos de un espacio en soledad.

Lo mismo que necesitamos espacios personales con nuestra pareja (si vivimos en pareja), con cada uno de nuestros hijos (si los tenemos), con nuestros amigos, etc. Es necesario estar con uno mismo en soledad. Es bueno para la persona y para todo su entorno.

Y quiero dejar bien claro que de la soledad de la que hablo no es huida del mundo, ni aislamiento. No hablo de un solitario o solitaria, asilado, que rechaza las relaciones o que no se quiere contaminar.

Hablo de una soledad que no es huida sino apertura a la **intimidad**. No olvidemos que estamos en camino hacia el encuentro con Dios.

Curiosamente, la soledad no vive sola, tiene pareja: el silencio.

SILENCIO

¿Recuerda alguien lo que es el silencio? ¿Algún rato ante un atardecer en las vacaciones? ¿La visión del recién nacido apaciblemente durmiendo en su cuna? ¿Permanecer unos instantes en una iglesia que casualmente estaba abierta y no había culto? ¿Velar a una persona enferma durante la noche? Ojala podamos poner más ejemplos, señal de que tenemos experiencia o practicamos alguna forma de silencio.

El silencio, el bueno, el de quietud exterior e interior, es pájaro exótico en nuestro tiempo. Y, sin embargo, tenemos auténtica y rotunda **necesidad de silencio**.

El silencio asusta más que la soledad porque nos expone a nuestros propios ruidos interiores destapando los miedos y haciendo perceptibles las heridas que llevamos dentro. Pero, insisto, aunque nos asuste es necesario hacer hueco al silencio en nuestra vida.

Hemos de buscar silencio por que si no hay silencio no puede haber **escucha**. Y de eso se trata, de abrimos a la palabra que Dios nos dice desde el fondo de nuestro ser.

Soledad y silencio forman un nido acogedor donde posarnos y ponernos en atenta escucha *“al Maestro interior, para que todas nuestras obras sean fruto de esa experiencia”*, como decía el monje.

¿En qué consiste esa escucha?

Consiste en abrimos a Dios a través de la ORACIÓN. Esa escucha es exponerse a la palabra de Dios, dirigida de forma personal a cada uno, para hacerla realidad en la propia vida.

ORACIÓN

Ya estas solo o sola, en silencio dedicando un tiempo que has decidido, libre y conscientemente, ponerte en presencia de Dios; al que buscas, porque Él te buscó primero, y encuentras, pero que has de seguir buscando; con la certeza de que no está muy lejos porque lo vas descubriendo justo en tu ser interior: eso ya es oración.

Enseguida nos damos cuenta de que integrar la oración en el día a día, con empeño y constancia, es absolutamente necesario en el camino espiritual.

Podemos utilizar **técnicas** que nos ayuden, pero no nos confundamos y no nos quedemos “colgados” en el cómo sin llegar al qué. Y ese “qué” es la relación de Dios con su criatura: con cada uno de nosotros y con todos.

Que cada uno vaya viendo, con mucha creatividad, cual es la forma de oración que se ajusta mejor a su persona.

El que busca, encuentra. El que se pone en camino es más fácil que llegue a la meta que si se queda en el arcén. Sin olvidar que en el camino espiritual la meta ya se disfruta a lo largo del mismo.

Quiero hacer hincapié en una cosa: el hecho de hablar de la necesidad de la **oración personal** no quiere decir que no dé valor, o rechace la **oración comunitaria**. No, lo que pasa es que estamos acostumbrados a que la oración habitualmente sea en grupo, de forma dirigida, litúrgica o pastoralmente hablando.

Sólo los monjes, religiosos y sacerdotes tienen prescrito en su vida la oración personal y la meditación (*lectio divina*), para que ésta sea fértil según cada vocación.

Pero ¿y los **laicos**? Creo que laicos y laicas del mundo hemos de ir descubriendo que tenemos “**vida privada orante**” (así me gusta denominarla), que hemos de cuidarla como oro en paño para avanzar paso a paso, atentos a la escucha, e ir adentrarnos en una espiritualidad que no caduca porque siempre es nueva si nos mantenemos con el oído atento dejando que Dios vaya haciendo su trabajo en nosotros, si le dejamos y nos abrimos a la acción de su Espíritu.

Oración, silencio y soledad van fraguando en la persona y al cabo de un tiempo, mirando el camino recorrido, se dará cuenta de qué algo cambió en su vida.

Ha practicado la constancia, la fidelidad, ha calmado el deseo de algo más en el día a día, ha luchado a ratos contra el aburrimiento y la sequedad, se ha dejado hacer en la confianza y, sin darse cuenta, empieza a mirar al mundo y a los otros con una mirada modificada: es la mirada con la que Dios mira.

¿Esto es todo o hay más? Hay más.

Cuando se descubre un tesoro grande, inmenso, espléndido... surge la necesidad de compartirlo. Aunque también hay quien lo mete en la caja fuerte del banco. Pero esto no puede suceder en la vida espiritual real y comprometida, por una sencilla razón: si nos apropiamos del “tesoro”, se pudre.

Algo impulsa a expandir lo que se vive, sabiendo que aunque es para uno mismo, para quien lo ha hecho experiencia de vida, no puede reprimir el compartirlo con los demás.

El camino espiritual es un recorrido personal que no sólo beneficia a quien lo vive. Un signo claro de que nuestra vida espiritual está en plena forma es que nos acercamos al otro, al HERMANO, en quien descubrimos al mismo Dios, que habita tanto en su interior como en el nuestro, lo sepa él o no lo sepa, lo reconozca o no lo reconozca.

La espiritualidad para este tiempo nuevo y para todos los tiempos **no es gimnasia de mantenimiento psicológico o emocional**. Como decía al principio, es vida del Espíritu en nosotros que nos lleva a un compromiso con los demás.

La espiritualidad no es un tema de HACER sino de SER. Como somos hiperactivos todo lo ciframos en el HACER, y el SER queda relegado al ámbito privado en el mejor de los casos.

Pero desde la experiencia del encuentro con Dios, inmediatamente la mirada se pondrá en dirección al otro, al hermano, para compartir el tesoro descubierto y la nueva vida que percibimos. El SER nos lleva al HACER, pero en ese orden.

El encuentro con Dios nos pondrá en camino para encontrarnos con los hermanos: los cercanos, los lejanos y, sobretodo, los más necesitados. Espiritualidad comprometida que nos traerá problemas pues no estaremos de brazos cruzados ante la injusticia, no giraremos la cara ante el dolor de quien sufre, ni nos pondremos gafas de madera para no ver la realidad tal cual es, sin engaños.

Miraremos al mundo y a los otros como territorio sagrado en donde Dios se hace presente para quienes se abren a la percepción de su misterio. Y seremos lo que Dios quiere que seamos en cada momento y situación de la vida. No como propósito, no por puños, no por sumar puntos positivos sino por llegar a ser felices que es exactamente lo que Dios quiere para todos.

Habremos llegado a una comprensión interior profunda de nuestra vida inmersa en una Vida mayor como el pequeño río que avanza hacia el gran Océano hasta fundirse; sin olvidar que la humanidad entera está llamada a desembocar en el mismo Océano.

Esto no es poesía, es realidad. No olvidemos que somos compañeros de eternidad. Por tanto, ya es tiempo de que toquemos el tema de la unidad.

Desgraciadamente, antes de hablar de UNIDAD, tenemos que poner en la mesa el doloroso tema de la DESUNIÓN.

Me cansa la desunión, el permanente conflicto que genera el vivir en esa tensión de defender “lo mío” como único y especial en contraposición a todo lo demás. Me cansa y me aburre. En los sistemas políticos, en el mundo económico, en los nacionalismos, en la globalización que, en un principio, sonaba como bonita música celestial, y ha quedado reducida al tema económico y ya sabemos como va y lo que afecta.

Pero me duele de forma especial y me produce tristeza la **desunión dentro de la propia Iglesia.**

Unos a otros mirándonos de reojo: “*yo soy de Pedro*”, recalcando el grupo con el que nos sentimos identificados, “... *y yo de Pablo*”, dicen otros. Unos quieren cambios, otros, vuelta atrás. Unos se sienten protegidos por la jerarquía, otros acosados y desprestigiados.

La mujer sigue sufriendo discriminación aún sabiendo que no fue discriminada por Jesús y ya son muchos siglos de no reconocer lo femenino desde la igualdad en el terreno de la fe, el servicio y la espiritualidad. Ya es demasiado tiempo viviendo como un cuerpo diezmado, algo así como si la Iglesia caminara a la pata coja, sin reconocer en

toda su amplitud al 50% del pueblo de Dios que, además son quienes llenan las iglesias y están en casi todas las formas de servicio.

Vivimos en compartimentos que nos mantienen subliminalmente alejados unos de otros. Sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa, monjes y monjas contemplativos, y laicos y laicas del mundo nos rozamos pero no nos conocemos; todos somos Iglesia pero no llegamos a confluir en el **Camino Común** (con mayúsculas, sí) por el que necesariamente deberíamos transitar. Y sin embargo... ¡estamos tan necesitados de la vida y el carisma de unos y otros!

Muchos esperan una mirada compasiva antes que autoritaria por parte de los pastores de la Iglesia (divorciados, homosexuales...); un abrazo de padre y madre que acoja, vengan como vengan y de donde vengan.

Desunión y discordia se viven en la Iglesia y eso es malo para todos y un escandaloso anti-testimonio para quienes no se sienten dentro. Muchas miradas se ciernen sobre nosotros y lo que ven es que el mandamiento de Jesús: *“Qué os améis unos a otros como yo os he amado”* sigue sin entrar en vigor.

Una espiritualidad sana, fuerte, acogedora y alegre para este tiempo nuevo debería tener como signo indiscutible la UNIDAD, sin necesidad de mostrarse con palabras exuberantes o sesudas explicaciones.

Unidad que sólo se podrá vivir a través del amor. Esto vale para todas las relaciones humanas y, sin duda alguna, para la vida de la Iglesia.

Profundizando en la oración, el silencio y una vida compartida que nos mueva a una sincera acogida al otro, iremos abriendo compuertas, quitando candados y deshaciendo nudos, dejando la superficie de nuestras relaciones encrespadas, para adentrarnos en el cogollo de lo esencial: **lo que nos une**. Avanzando desde ahí en el conocimiento del hermano, ya se sienta *“de Pedro o de Pablo”*, sea el vecino o el que viene de otro país, de otra cultura, etc.

Nuestro marchamo de identidad como cristianos ha de ser el AMOR. Todos somos criaturas amadas del Padre, con el Hijo y en el Espíritu Santo (un Dios comunidad de amor) y estamos llamados a retornar al seno de Dios, de donde salimos. No vamos solos, vamos juntos, con toda la humanidad. Transitamos por un Camino Común y ya es hora de que lo reconozcamos.

Imagino que va quedando claro que esa espiritualidad que intuimos para un tiempo nuevo no va a ser la que nos provoque y mantenga en un estado de somnolencia placentera que nos evada de la realidad, sino todo lo contrario.

Una verdadera y real espiritualidad para un tiempo nuevo, que es hoy, nos llevará al compromiso y a la misión.

En el encuentro con Dios llegamos a saber quienes somos y quien es quien. Si la experiencia caló profundamente, si elegimos seguir caminando, ahondando y perseverando, un profundo ataque de sencilla HUMILDAD nos invadirá y desde la

pequeñez y debilidad que experimentamos, vislumbraremos que la gracia de Dios viene a llenar nuestro vacío.

Antes del encuentro decimos: “yo no puedo”. Después del encuentro y tras el ataque de humildad podemos decir: “ahora sí puedo porque sé Quien me acompaña”.

Decía el hno. Christophe de Tibhirine (uno de los monjes asesinados en Argelia en 1996, ahora tan conocidos por la película “De dioses y hombres”): ***“Lo imposible se hace realidad cuando le da paso la confianza”***.

Desde esa confianza es desde donde caminaremos unos y otros, todos juntos, licuando las diferencias que nos hemos inventado en el transcurso de la historia.

Es el momento de poner todos los carismas y dones en juego. Que nadie se quede con nada o esconda lo que le ha sido regalado, porque en este tiempo nuevo hay mucho que hacer y replantearse, siempre bajo la acción del Espíritu de Dios. Ahuyentando el miedo que mina la confianza.

Así que espabilemos: busquemos encuentros en vez de discordias; bajemos la guardia y demos abrazos; quitémonos las cataratas de los ojos para ver lo que Dios puede hacer con los que se aman y dejémosle que actúe en nosotros... *“y todo, todo saldrá bien”* (Juliana de Norwich).

CONCLUSIÓN

Me reté a formular una conclusión en cinco palabras que expresara, como síntesis, lo que entiendo que debería ser la espiritualidad para un tiempo nuevo.

Estas son las cinco palabras: **“perder” el tiempo en Dios.**

Sé que habitualmente “perder el tiempo” tiene un significado peyorativo.

Pero me atrevo a insistir: si en unos días aún recordáis algo de lo que os he compartido, ojala sean estas cinco palabras y su efecto, pues **perdiendo el tiempo en Dios, todo es ganancia.**

Gracias, por vuestra atención.

Mari Paz López Santos

XVI FORO ÁGORA, DEBATES DESDE LA FE
Logroño, 13 de noviembre de 2011